
TIEMPO Y PAISAJE

La técnica inmovilizadora de Miró se percibe no sólo en lo que hasta ahora he señalado, sino también en ciertas peculiaridades estilísticas observables, a veces, en la obra mironiana.

Sin que tenga valor de ejemplo generalizable, resulta curioso observar algún caso de descripción mironiana sin verbos en forma personal. Así, este pasaje de *Años y leguas*:

Olvido y soledad de las delicias. Vejez de Paraíso; antigüedad de vida. Agua con pastosidades, con vislumbres cerámicos de cielos, de árboles, de bayas y sépsios. Carmines, verdes, canelas, amarantos y oro de brocados vegetales. Sombras suntuosas. Vahos de todos los climas, de todas las tierras esenciadas por una química de siglos, y, a la vez, con olores ácidos y tiernos de creación recién abierta (Pág. 1050).

La quietud, la inmovilidad descriptiva que Miró trata de obtener, la consigue eludiendo toda acción. Su supresión comunica al paisaje descrito por el autor ese tono que él descaaba de cosa inmóvil, dormida y casi untada de eternidad.

A la misma obra pertenecen estas otras descripciones, carentes también de verbos:

Claridad de elevación. Desnudez y anchura diáfana de enero en el bochorno del verano. Brillo de helor, contornos exactos. Árboles pastosos, lujuriantes, con las raíces hundidas en tierra gruesa, y la copa en la lumbre mediterránea. Altitudes y lejanías de porcelanas prolifas [...]. Lo último del puerto de *Coll de Rates*. Y la otra vertiente; el otro corte de luz; los otros confines; todo el viejo marquesado de Denia; sus valles de viña y olivar; sus ramblas como canteras de pasta de alfarero con umbrías de cuetos, de mirtos, de adelfos, de higueras; sus arrozales, sus costas, sus faros...; a lo último, el Mongó redondo y clásico, y después, toda la creación del mar (Pág. 1005).

